PRIMERA PARTE.

 ***EL MANTO PROTECTOR DE LA LUNA MADRE.***

 **I**

 Hacía una espléndida noche de finales de verano, con el aire casi cotidiano ausente. Manuela amaba esas pocas noches cálidas en las que se podía dormir al descubierto en la bajamar hasta el amanecer. Podía vivir la playa de madrugada, desierta, íntima, acogedora, bruja, donde oteaba la excelsa serenidad del agua para imbuirse de ella por largo tiempo en su apego existencial a la mar. Cerró el libro, no sin esfuerzo, cogió la bolsa con los útiles playeros y, tal como estaba, con un fresco camisón de andar por casa, se metió en el coche y tomó el camino de la playa, que se encontraba a cinco kilómetros, con el anhelo del reencuentro.

Eran las dos de la madrugada cuando volvió a admirar el hechizo que proyectaba la pintura sublime de una marina inhabitada que esperaba a inusitados huéspedes. Y allí, sentada en la arena, sola frente al inmenso océano, subyugada por la profunda negrura de la mar, soñaba fervientemente encontrarse alguna vez más allá del horizonte, donde nada se ve y no se sabe qué hay, despertando la fantasía, más allá de esa línea en donde parece que todo termina, en un barco faenero circundado de agua, cielo y mar, el firmamento observado desde las aguas.

«Dime, mi niña, qué temes del agua. Si casi te da miedo pasar de la orilla, ¿por qué tu necesidad de contemplarla?»

 Manuela había adquirido la costumbre de conectarse con

su niña interior, de comentar a ésta las cuestiones que no se explicaba. Su temor y su amor por la

mar. La niña al pronto le murmuró:

—Papá, Manuela. Papá era marinero, la mar nos lo quitaba y queremos que nos lo devuelva, poder sentir su amor, su calor y su intimidad. Por eso te llama la playa solitaria en las noches cálidas, para que no tengas que compartir la suave brisa calentita que te abraza con un beso, el aroma a salitre de sus ropas a la vuelta de cada turno, el sonido acompasado tan relajante del agua con sus relatos: las lucecitas al fondo de los barcos que pescan en alta mar. Buscas el poema de una falta.

—Los poemas que tanto canté aquí en noches semejantes: *Alfonsina y el mar, Balada de otoño, Poema de amor, Coplas de la violeta, Elegía a Ramón Sijé, Sapo de la noche, El cantor, Rabo de nubes.*.. Tantas canciones. ¡Cuánto añoro esas noches de cante que jamás volverán! He disfrutado tanto, tanto, tanto, que ya vale una vida. Sí, puede ser. Mis peores momentos también se han disuelto en esta playa. Aquí he venido a llorar, a desesperarme, a gritar, y la mar me devolvía la paz: cumplía la función del padre que yo intuía que era o que yo deseaba. Sea como fuere, ciertamente este amor-rechazo es el que siempre sentí por mi padre. Mi niña querida, tú tienes los recuerdos que yo perdí cuando papá estaba cerca, sus besos, sus juegos, sus bromas; eso es lo que me han contado. No sé si me arrepiento de haberlo apartado de mi vida; puede tener remedio si me atreviera a intentarlo, que lo dudo. No tengo gana alguna de cambios, me conformo con mis libros y estas poquitas noches de playa.

 Tendida en la toalla, en postura fetal, se abandonó al placer de dormitar, en un duermevela seductor entre el consciente y el inconsciente, mientras los poros de su piel absorbían dulcemente el húmedo calorcillo salino, el abrazo sensible de una brisa más soñada que real, el penetrante olor al mestizaje de las secas dunas con las primeras lluvias, el aroma retador de pinos y eucaliptos cercanos, el regusto de suaves lágrimas templadas de sal, mientras los oídos le impregnaban el alma de la corriente hechicera de música acuática; bajo los ojos entrecerrados, la visión majestuosa de un cielo con luna llena salpicada de luceros. Envuelta de esta excitante mezcolanza de estímulos sensoriales, se regocijaba con el apasionado amor vivido también allí, en esa arena, bajo aquel mismo cielo que formó un todo con el inmenso placer que le recorría el cuerpo y el alma en una explosión de jadeos que le surgían desde las mismas entrañas, se fundían con desesperación las dos en una, un solo ser etéreo de amor infinito, traspasando las leyes físicas hasta la eternidad o para morir en ese mismo momento, para no permitir que pudiera acabar nunca esa extremada felicidad que llegaba hasta el tuétano.

 Por muchas historias de amor leídas, casi devoradas en los libros, por mucho que había sentido e imaginado, nada se aproximaba a su realidad, a ese amor nacido sin saber cómo, por qué ni cuándo se le había ido colando, sin notarlo, con el contacto diario, hasta que una sensual caricia inesperada lo había despertado. Y todas las semillas catapultadas en cada circuito neuronal se entrelazaron en sus raíces, creciendo arrebatadas de pronto, sin dejar punto alguno de su cuerpo y de su alma sin cubrir de una sensibilidad tan extrema que irradiaba más allá de su propio ser. Fue como si todas las encarnaciones anteriores se hubieran reunido a la vez en sus amores ancestrales para que ella los sintiera de golpe, y las aguas aparentemente apacibles que mecían todos sus órganos vitales provocaron en su ebullición un maremoto que la engulló. Su raciocinio se evaporaba con la incandescencia, abandonado a un corazón gigantesco que la envolvía en forma de crisálida tejida de lava ardiente.

 Manuela se desveló, sobresaltada por un grito como un rugido, con la incertidumbre de que hubiera salido de su propia garganta, asustada ante la breve reminiscencia en su ensueño de su temido pasado. Había logrado dejarlo atrás encerrándose de nuevo en los libros, en los que se refugió en una decidida soledad, cuando creyó haber domado el furioso volcán de ira y rabia que la dominaba, manteniéndolo sedado en un pequeño arcón, prisionero en su memoria. Pero seguía latente; al parecer, mostraba sus fauces a través de alaridos oníricos que vibraban, sordos, en sus cuerdas vocales. Sin embargo, ya desvelada por completo, seguía oyéndolos.

Con el paladar seco por el miedo a retornar al descontrol, a que volviera a dominarla aquella locura contenida durante largo tiempo, oyó de nuevo aquel trágico lamento de animal herido, desesperado, que le golpeaba el pecho con angustia, le encogía las vísceras hasta empaparla de sudor. Se acercó a la orilla y siguió caminando, hasta que el agua le llegó a la cintura, un excelso esfuerzo para ella con su fobia a la mar, para que ese contacto con la fresca temperatura del agua la impactara, por si así superaba el shock. Regresando aprisa, se tendió donde las olas rompían y la cubrían por completo, respirando profundamente desde el diafragma hasta encontrar cierta tranquilidad. Así recuperó la consciencia de la realidad, y constató que aquellos llantos no eran de ella, no estaban en su cabeza ni padecía alucinaciones sobre si misma de tiempos pasados. Incluso bajo el agua los seguía oyendo. Sencillamente, estaban fuera. Alguien debía de estar por allí, aunque las dunas a su izquierda le impedían ver nada. Ya calmada, se levantó y miró hacia el horizonte, por si podía ser alguna persona que luchara en trance de ahogarse. La luna llena aclaraba la noche; no obstante, sólo vislumbraba a lo lejos algunos barcos medio ingeridos por la brillante negrura marina. Se hizo el silencio. Su mente se había relajado, aunque la intuición de que algo grave le ocurría a alguna persona, y el no saber por dónde tirar, la conmocionaban. Se volvió a sentar mirando hacia las dunas, único lugar que no mostraba su contenido. Después de un buen rato de silencio, se desdibujó una figura que salía de una de estas dunas encorvada sobre sí misma, la cabeza hundida hacia el pecho, los brazos medio extendidos alargando las manos como en señal de ruego, con un andar escalofriantemente cansino, que apenas la dejaba avanzar, viva imagen de un alma en pena de los cuentos de miedo que le contaba su madre en la infancia. La sombra, en verdad, de una persona profundamente derrotada, tanto que casi se había convertido en espíritu antes de desalojarse del cuerpo. La sobrecogedora figura le golpeó el pecho con una angustia de sobra reconocida de otra etapa de su vida. Una época que la había llevado de nuevo a volcarse en los libros como la única posibilidad de evadirse de la locura, o a lo peor del suicidio. Tras años de resistencia a la cotidianidad de las relaciones, de hacerse amiga de la introspección, de alejar de su mente cualquier atisbo de recuerdo y de sentimiento pasado, de mantenerse suficientemente cuerda y de controlar su tendencia a los extremos y a la impulsividad, de pronto la avasalló un miedo a verse a si misma en aquella criatura, un miedo que le agarrotó los músculos y la paralizó, con la vista anclada en la figura que seguía avanzando con esa extremada lentitud que la tenía hipnotizada. Llegó a pensar que aquello sólo podía ser un pesado sueño, de esos que secuestran a la mente impidiéndole enviar órdenes al cuerpo, sin movimiento, sin voz, como una estatua de sal. Sostuvo aquella rigidez mientras veía que la aparición pisaba el agua sin detenerse, avanzando con aquella persistente parsimonia, ajena por completo al cambio de elemento y temperatura. Al presenciar cómo ya se hundía hasta las axilas sin inmutarse, un grito espontáneo surgió de la garganta de Manuela —¡¡¡Noooo!!!— que le permitió recobrar el movimiento, recuperándose del estrés que la había sumido en la parálisis, de tal forma que con la precipitación se cayó de bruces en la arena. Al levantarse rápidamente con agilidad, vio como el agua ya le rodeaba los hombros —la marea estaba alta—; además, sabía que poco más adelante había un barranco que la hundiría sin remedio, por lo que corrió asustada, gritando a la figura que parase, hasta que llegó a su altura. Desde la orilla pudo apreciar que se trataba de una mujer joven, de largo pelo negro. Manuela no sabía nadar, nunca lo había intentado. Se internó en el agua, rogando llegar a ella antes de dejar de hacer pie, sin parar de gritar reclamando su atención. —¡Señora! ¡Señora, por favor, no siga! ¡Pareeee! ¡Por Dios, deténgase, no avance! ¡Señora! ¡Oiga, oiga, escúcheme se lo ruego, pare ya! …

Por más que buscaba alguna señal de humanidad cerca o lejos, no veía más que las luces muy remotas de los barcos de pesca. La corriente la impulsaba hacia la orilla, por lo que mantenía una doble lucha: la tensión del tiempo y la fuerza corporal, ambas evaporándose por segundos. De nuevo aterrizó en su cabeza el mismo estímulo de “mente apretada discurre que rabia” que la había salvado tantas veces en los exámenes cuando era estudiante; se conectó la bombilla iluminando otra alternativa. O tal vez fuera su niña interior echándole un cable, como tantas veces desde que se reencontraran. Sí, podría funcionar, era tan fácil como darle la vuelta a la tortilla. Pasó de salvadora a víctima, dando saltos por huir de allí le salían del alma los gritos enfurecidos pidiendo auxilio. —¡¡Ayuda, ayuda!! ¡¡Socorro!! ¡Por Dios, que alguien me ayude que me ahogo! ¡Oiga! ¡Ayuda, por todos los santos!— Ante la falta de resultado, la lamparilla brilló de nuevo. —¡¡Mi niña, mi niña!! ¡Auxilio, mi niña! ¡Salven a mi niña!—.

Tan exaltada había brincado que, con el impulso, osciló dando un traspiés, dando brazadas a lo loco, tragando agua; y finalmente, perdido por completo el equilibrio, se encomendó a todos los santos en los que nunca había creído, porque sentenciaba que de aquella no se podría escapar. Con estoicismo abandonó toda lucha con el agua, vencida por la falta de resuello, casi fantaseando que oía una lejana voz en el trance de su destino, determinado quizás por alguna pugna marítima de sus ancestros, una promesa incumplida, alguna traición, posibles cuitas. La falta de oxígeno en el cerebro pudiera haberle hecho tomar espejismos por realidades. De repente el aíre volvió, a duras penas tragaba bocanadas que le producían náuseas, con brazadas al vacío esta vez; el tormento de vivir o morir nuevamente la mortificó amplificando su miedo.

—¡Señora! ¡Señora…! ¡Tranquila! ¡Vamos, cálmese! Respire, respire poco a poco, con sosiego. Eso es, lo hace muy bien. Ya pasó, ya pasó… —Sabina la abrazaba mientras Manuela iba recuperando el aliento.

—Gracias, gracias. —Jadeante aún y temblando ahora de frío, se arrebujó en el abrazo de quien la había salvado, profundamente agradecida.

—Mil gracias. ha sido un milagro que apareciese, la playa estaba desierta y no esperaba... —Se quedó muda al mirar a su salvadora.

—¡Oh, Dios mío, ha dado resultado, está viva! —La apretó bien fuerte. —Gracias, todo mi esfuerzo no ha sido en vano.

—En verdad, no sé qué dice —se extrañó Sabina.— Tranquila, todavía no se ha repuesto del todo. Guarde sus fuerzas, más tarde hablaremos, cuando se haya recuperado. Ahora será mejor que busquemos con que abrigarnos, porque éste no es un baño calentito precisamente. Venga, vamos a salir. Así, con cuidado. Yo la llevo, deje caer su peso en mí.

—Sí, vamos. —Se colgó del hombro de Sabina, intentando acomodar la respiración. —El agua, a la vista está, es un medio muy traicionero. He pasado de un susto al terror más grande de mi vida.

—Lo puedo suponer. Yo también me he llevado una sorpresa muy desagradable. Menos mal que la corriente impulsaba hacia la orilla, porque no soy evidentemente ninguna sirena. Sé nadar lo justo. El empuje del agua es lo que hizo posible que llegase a tiempo.

—Gracias a Dios. Una expresión que no he repetido tanto en mi vida. Qué tranquilidad, por fin la arena. ¡Qué placer, sentirme segura en tierra firme! Por nada del mundo vuelvo a acercarme a nada líquido.

—Sí, un auténtico gozo, y más cuando, inexplicablemente, de una duna paso a despertarme en la mar socorriendo a una suicida —ironizó Sabina, sin que Manuela la escuchara en su afán por poner tierra de por medio. —Es una maldita pesadilla. Yo sí que quiero más líquido para entrar en calor. Anda, corre, tengo ahí enfrente una botella de coñac y un saco de dormir doble en el que cabemos las dos. Disculpa, se me resiste el trato de usted.

—Sí, claro, como quieras. Después de tamaña proeza mutua nos podemos considerar de la familia. Vamos, vamos, que quiero secarme cuanto antes.

 Las dunas se encontraban a unos cien metros de la bajamar. La temperatura seguía siendo maravillosa, aunque bajaba unos grados conforme se aproximaba el alba. Mar adentro, unas lanchas llevaban a marineros, posiblemente para faenar. La bajamar se mantenía desierta, más iluminada que de costumbre por la gran luna llena, que desde su atalaya abrazaba con su magia a las agotadas mujeres que se apoyaban una en la otra en su desangelada soledad. La suave brisa anterior se acentuó en un ligero viento húmedo, que refrescaba sus cuerpos mojados. Tan pronto como llegaron al refugio de las dunas, Sabina sacó de una bolsa una gran toalla de playa y se la ofreció a Manuela para que se secara, echándose por los hombros la suya que tenía extendida en el suelo, mientras asía el saco que se encontraba hecho un revoltillo en la arena para sacudirlo, haciendo que salieran disparados un sinfín de objetos, y lo extendió abierto en la arena. Mientras tanto, Manuela conseguía entrar en calor, friccionándose con fuerza la piel con la toalla; y, despegándose la camisola larga de andar por casa que tenía pegada al cuerpo, la apoyó en unos arbustos para que se secara. Luego se colocó la toalla a modo de pareo por encima del pecho.

—Anda, métete dentro, ya comienza a hacer relente —le pidió Sabina—. Deben ser más de las cuatro, en un par de horas empezará a clarear. Mi móvil estará por ahí en el suelo. ¿Puedes buscarlo para mirar la hora?

 Manuela se había sentado en el saco observando el rosario de objetos esparcidos alrededor. Lo que más le llamó la atención fue la cantidad de colillas desparramadas por todos lados, evidencia, según supuso, de la crisis de ansiedad que hubo de haber sufrido la suicida; una botella de coñac medio vacía, quizás para darse valor; un montón de pañuelos de papel, señal de haber llorado mucho; el móvil semienterrado, que cogió, y en el que miró la hora, que comunicó a Sabina. —Las cuatro y nueve—. A lo que ésta respondió:

—Lo que te decía.

 El brillo de algo metálico le reflectó en la mirada. Al sacarlo, se sorprendió de encontrarse con un cuchillo, que le pringó un poco la mano por una ranura labrada entre la empuñadura y la hoja. También saltó al cogerlo una bolsita que reconoció bien, ella también fumaba alguna vez un poco de marihuana.

—¿Tienes un pañuelo o algo para limpiarme? —pidió a Sabina. —Me he manchado la mano con el cuchillo.

—¡¡¿Qué?!! ¿El cuchillo? ¡¿Cómo que tienes el cuchillo?! —Sabina se había arrodillado en el saco muy agitada. —Dámelo, trae, dámelo, por favor.

—Sí, claro. Toma. Estaba en la arena, como el móvil, los pañuelos, el coñac, la marihuana y todas esas colillas.

 Sabina atrapó el cuchillo con desesperación e inmediatamente abrió la mano y lo dejó caer como si la hubiera quemado. Se derrumbó al instante, desconsolada y llorando convulsamente. Manuela, que ya había visto que el cuchillo estaba manchado de sangre al igual que su mano, discurrió que habría intentado suicidarse en un intento de cortarse las venas con él, sin conseguirlo, antes de hacerlo en la mar. Le superó la compasión por aquella muchacha, que no tendría más de veinticinco años, tan vencida ya por la vida. Sintió por ella una inmensa ternura y el instinto de protección maternal, que casi había olvidado. Intervino para acariciarla y susurrarle con el arrullo que se ofrece a un bebé.

—¡Ay, cariño! ¡Estoy contigo, cielo! ¡Verás como lo que tanto te conduele se puede superar! Seguro que no es tan grave. Vamos, querida, descarga la tensión. Es muy bueno llorar, se quema adrenalina y sirve de sedante. No estás sola, ahora me tienes a mí, me has salvado. ¿Te das cuenta de toda la fortaleza que llevas en tu interior? Anda, verás que todo se puede solucionar. Eres una niña maravillosa, muy valiente. ¡Eh, vamos, todo está bien, tranquila! Déjame que te limpie esa cara. ¿Ves? Ya va pasando. —Sabina intenta hablar, pero Manuela la hace callar—. ¡Ssss! No te preocupes, tendremos tiempo de hablar cuando te repongas, estás agotada. Sólo dime tu nombre.

—Sabina.

—¡Sabina! Buen nombre, al menos poco común. Yo me llamo Manuela. ¿Y vives aquí en la playa, o en el pueblo?

—¿Por qué? No me voy a ir a ningún lado. — respondió Sabina, desconfiada.

—Ni yo lo pretendo, es una simple pregunta de cortesía. De momento, de aquí no nos movemos —la tranquiliza Manuela, acariciándole el pelo. —¿Sabes qué vamos a hacer? Fumarnos un canuto. Ya he visto la bolsita que tienes de marihuana. ¿Te parece? A mí me relaja. A veces la fumo para que me ayude a dormir, me induce el sueño. ¿Qué? ¿Lo hacemos?

Sólo pretendía desviarla de la tensión de los pensamientos, que se reflejaba en la quietud de sus ojos perdidos en algún recuerdo, en otro lugar, en otro momento, dentro de su inmovilidad. Le coge la cara.

—Dime, Sabina, ¿qué opinas? ¿La fumamos?

—¿Podemos detener el tiempo? —pregunta Sabina de repente, agitada—. ¿Le damos marcha atrás al reloj? ¿Crees en otras dimensiones? ¿Se podrán traspasar? ¿Puedo volverme invisible?

Ante la expresión atónita de Manuela, que no se podía esperar aquella reacción, aquel arranque virulento de preguntas aparentemente absurdas, Sabina se echó a reír, con una risa tan descompuesta que más se asemejaba a un lastimoso quejido. Intentaba simular una broma a destiempo.

—No te apures, Manuela, aún no he perdido la cordura; ya quisiera. Anda, haz ese canuto de maría; a lo mejor me ayuda a ver alguna luz en la negrura o a inspirarme para descubrir ese viaje en el tiempo: que es la única salvación imposible para mí. —Acabó bromeando de verdad con humor negro.

 Manuela pensó que, tras el intento de suicidio y en tan mal estado anímico, nada que le pudiera decir cambiaría la situación. El protocolo en estas circunstancias requeriría el ingreso en una unidad psiquiátrica, aunque Sabina no estaba dispuesta a encargarse de ello, ni le correspondía a ella la decisión. Sí se sentía responsable de que Sabina no volviera a cometer otra locura y de acompañarla hasta que la pudiera dejar a salvo con su familia. Era una buena muchacha, lo había demostrado anteponiendo su corazón a su voluntad al socorrerla. ¡Qué circunstancias tan curiosas se pueden presentar de pronto! Ahora podrían estar muertas las dos. Entrevió de soslayo que Sabina había vuelto a ensimismarse, se había retirado otra vez de su cuerpo, había volado al mundo que la conducía al abismo. Ella, que también había salido de su propio abismo para recalar en un puerto entre brumas sin decidirse a regresar del todo a la vida, sintió una honda angustia por aquella criatura destrozada, y también por la criatura que había sido ella misma en otro tiempo. Desde luego, por su misma derrota, no se consideraba la persona más idónea para ayudarla, mucho menos para aconsejarla; ya sabía bien que nadie escarmienta en cabeza ajena, que cada cual debe cometer sus propios errores. Tal vez pudiera alumbrarla en su soledad ofreciéndole unas caricias, un abrazo, solidarizándose. Le tendió las manos esperando alguna reacción de su parte. Sabina abrió las suyas.

—Las tengo manchadas —dijo.

Manuela observó entonces que en las muñecas de Sabina no había señal alguna del supuesto intento de cortarse las venas que había deducido del cuchillo ensangrentado. Le juntó las manos y las sostuvo entre las suyas.

—Dime, cariño, ¿por qué ves tus manos manchadas si no tienes marca alguna de haberte cortado? ¿Lo intentaste en otra parte? —indagó.

—¿Qué parte? No te entiendo, Manuela. ¿Intentar qué? —se extrañó Sabina.

—Al ver el cuchillo lleno de sangre supuse que antes habías hecho una primera tentativa de suicidio cortándote las venas, y como no tienes marcas en las muñecas…

—Espera, espera. ¿Y por qué has supuesto una cosa así? —la interrumpió Sabina, muy sorprendida—. Es obvio que me encuentro mal, peor que mal, destrozada, pero te he dicho que sigo conservando la cordura, que ojalá la hubiera perdido, porque no sé dónde meterme ni para dónde tirar; por eso me encantaría desaparecer, no morir, sólo desaparecer como por encanto. Me quedan horas, estoy desesperada y no puedo hablar.

—Perdóname, Sabina. No pongo en duda que estés cuerda; no pienso que las personas que se suicidan estén locas, seguro que todo depende de múltiples conflictos emocionales. Pero es que me estás negando lo que he visto. Esto me parece muy extraño.

—Yo te aseguro que para mí tampoco tiene sentido que se te ocurra que he intentado suicidarme porque has visto un cuchillo con un poco de sangre. —Sabina comenzó a enfadarse y a alzar la voz—. ¡Si no me conoces! ¡No nos conocemos! Pretendes que admita a la fuerza algo que no ha existido. ¡Deja ya de suponer sinrazones! ¿Recuerdas que fuiste tú quien casi perece en un metro de agua? ¡Eso sí que resulta extraño!

Se detuvo al reparar en que su creciente ira había transfigurado el rostro de Manuela con una expresión de estupor. Suavizó sus maneras.

—Lo siento, estoy demasiado nerviosa. Es la peor noche de mi vida. No estoy para charlas ni para compañías. Déjame descansar, Manuela, por favor.

—Nada me gustaría más. Y llevas razón, no nos conocemos; de lo contrario, sabrías que sólo busco soledad. Por eso me acerco a la playa de madrugada. Así vivo, sola; así lo decidí hace un par de años. Sin embargo, no puedo irme sin aclararte que mi accidente se debió a que quise salvarte la vida, porque no había nadie más que yo a la vista. Cuando te he dicho que lo vi no me refería al cuchillo; te vi a ti, te vi hasta que el agua casi te cubría; así que no puedes seguir eludiendo una realidad por la que me salvé de milagro; no encuentro otra forma de expresar que me acabara salvando quien yo iba a salvar. ¿No te parece rocambolesco?

—Me parece un cuento chino. — replicó Sabina, harta ya de escuchar lo que creía una insensatez—. Acércame la maría para hacer el canuto. La luna llena que hay esta noche nos ha fundido algún cable. —Cogió la bolsita que le tendía Manuela—. No he pretendido ofenderte; seguro que todo tiene una explicación razonable. Estamos alteradas. Vamos a fumar, que igual hasta nos reímos, aunque si yo sonriera siquiera, sería para matarme.

 Manuela seguía envuelta en la toalla de Sabina y sentía un poco de frío fuera del saco. Recogió del arbusto el camisón, que ya estaba seco, para cambiarse. Al recordar que aún tenía sus enseres en el lugar de la playa donde solía instalarse, resolvió ir por ellos. Por una parte, para ponerse el chaleco , y por otra para reflexionar, pues ya había aprendido a huir de la intoxicación de las emociones impulsivas.

—Siéntate, Manuela, por favor. —le rogó Sabina, más serena.

—Sí, ahora, cuando vuelva. Voy a buscar mis cosas que dejé en la arena. Me vendrá bien andar, en un rato vuelvo.

—¡Ah, bien! Lo entiendo. A mí también me sentará bien pensar un rato a solas. Te aseguro que de aquí no me muevo.

 Una vez alejada un trecho se sintió más ligera. Tras varias respiraciones profundas del aire salobre se fue liberando del flujo de negatividad de Sabina. Se aisló del ruido del controvertido remolino de pensamientos con la facilidad que le daban sus dos años de práctica diaria de la meditación, una de las técnicas aprendidas en su búsqueda de terapias que la ayudaran a sanarse la depresión que se le había agravado desde hacía cuatro años tras la conjunción de varios duelos, que la había hundido más allá de lo que hasta ese momento había sido capaz de lidiar; y se dejó llevar por la música sedante de las olas. Recorrido así el camino hasta sus pertenencias, se sentó en la toalla que seguía extendida en la arena, y después, limpia ya del caos mental, recurrió de nuevo a su niña, que siempre, en su inocencia, poseía una sabiduría clara, libre de prejuicios y de la subjetividad del ego.

—Hay algo que no me cuadra, cielo. No creo que Sabina mienta cuando niega el intento de suicidio. Dice que no desea morir, sólo desaparecer, y es sincera. Al menos, yo lo intuyo así. En mi vida yo también he deseado desaparecer cuando me asustaba enfrentarme a alguna situación complicada, así que su argumento es viable y razonable. Aunque es evidente que oculta algo que la aterroriza, sin embargo parece que ha borrado de sus recuerdos todo lo que yo presencié. Y salvo por un trauma muy grave, es poco probable que la mente proteja con el olvido, y más difícil es que lo haga justo en el mismo momento del suceso. No lo entiendo, ni le encuentro una explicación razonable.

—Lo que consideras una realidad — le respondió dulcemente su niña— puede que sea sólo la tuya, la mitad; la otra la conoce la persona que lo ha hecho. Entre las dos contáis con la .

—Claro, como dice el refrán "De lo que te digan, 'na' y de lo que veas la mitad". Pero Sabina se niega a hablar.

—Tal vez sea inadecuada tu manera de explicárselo. Yo se lo contaría desde el principio tal como lo has vivido; y que ella dé su versión después.

—Gracias, preciosa; me has deshabilitado el chip testarudo sabelotodo que se me activa de vez en cuando, aunque ya menos que antes: he ido cultivando eso de la empatía. Pues, sí; recojo y regreso.

 Sacó el chaleco del bolso y se lo puso, guardando la toalla dentro. Se lo echó al hombro e inició el camino de vuelta por la orilla. La playa seguía desierta, tan hermosa en su languidez, tan perfecta con la tenue luz lunar que alivia el realismo crudo del día. La semioscuridad nocturna la invitaba a la fantasía, la hacía sonreír y sentirse ligera, de ahí su querencia a la noche, a la lechuza que se transfigura en hada con el hechizo de la luna. Caminaba tan abstraída en estas sensaciones tan placenteras, que le desagradó sobremanera el ruido de dos coches que pasaron por la carretera circundante a la bajamar. Era un coche de la policía y otro de la Guardia Civil que circulaban inútilmente por dónde no había ni un alma, como era costumbre en ellos; ella ya los había visto otras noches. Se volvió a tender mirando al cielo para recuperar el calor de las recientes emociones, rememorando tantas noches pasadas allí desde la adolescencia, unas extraordinarias, otras perversas, aunque ese océano siempre le devolvía la calma. Qué maravilla, tanto disfrute. Quizá volviera a recuperarlo, ¿quién sabe? Hizo un pequeño esfuerzo para despegarse de aquellos gratos recuerdos, sonriendo ante el pequeño resquicio de ilusión que se le había colado, y se apresuró a volver con Sabina; le preocupaba dejarla sola mucho tiempo por lo que se le pudiera ocurrir. Al internarse en las dunas pudo contemplar a Sabina, que estaba encorvada con la cabeza entre las piernas. La llamó.

—¡Sabina! Eh, Sabina! ¡Ya estoy de vuelta! —Ella alzó la cabeza—. ¡Oye! ¿Qué te ocurre, cielo? ¿Por qué este llanto, criatura?

—¡Oh, no es nada! —respondió Sabina, limpiándose la cara rápidamente—. Sólo un poco de melancolía. Ya te comenté que ésta no es mi mejor noche.

—Sí, es algo, es mucho. Es una amargura muy honda la que tienes. Pero eres tú la única que puede decidir si quedártela dentro o echarla fuera. Sé escuchar.

—Nadie puede ayudarme.

—Aunque así fuera, la experiencia me dice que tan sólo con oírte a ti misma en voz alta podría variar tu percepción del asunto, además de liberar la presión del dolor. Bueno, nos pasa a todos alguna vez. Anda, vamos a fumarnos ese canuto. ¿Lo liaste?

—Sí, toma, enciéndelo tú.

—Claro. Déjame entrar en el saco.

Se acomodó mientras cogía un mechero de su bolsa, que había dejado caer en la arena. Lo encendió.

—¡Qué noche más espléndida! —dijo—. Hace infinidad de tiempo que no me relaciono con nadie. Me es muy agradable la soledad. Hace cosa de dos años decidí alejarme de la gente y quedarme sola.

—¿Por qué?

—A mi edad ya he pasado por distintas etapas. Una experiencia más. De todas maneras, he tenido esa tendencia desde pequeña. —Calló para fumar—. Toma, ya me he fumado la mitad, termínatelo tú. Lo que no me había imaginado era que llegaría a preferir encerrarme en casa igual que en un convento de clausura. Como se suele decir, si mi madre levantara la cabeza y me viera, se volvía a morir. Se pasó la vida intentando que dejara de ser tan callejera, me decía "no se te caerá la casa encima". Tuve un amigo que repetía una coletilla para todo, "esta vida es un bidón" decía, por lo de las vueltas que da. Cuando fumo me da por hablar, o a lo mejor es por el tiempo que me paso callada. Eso también le comentaba mi madre a la gente "esta niña nació para muda", yo era tan vergonzosa que apenas hablaba, y en casa mucho menos, especialmente en la adolescencia, cuando yo la odiaba, a mi madre. Por cierto ¿vives en casa de tus padres, o compartes casa con alguien? Lo digo porque pueden estar preocupados.

—Vivo sola, supuestamente.

—Es extraño eso de *supuestamente*. ¿Podría yo plantearte una situación, supuestamente? Tengo una interpretación de la misma, aunque parece que es equivocada. Me ayudaría mucho conocer la tuya. ¿Me proporcionas tu versión? ¿Te animas?

—Animarme no, pero te escucho.

—A ver, cariño, imagínate que estás aquí en la playa, totalmente desierta, tú sola; de pronto escuchas grandes lamentos y al rato ves a alguien que se dirige como una alma en pena a la orilla, se mete en cl agua y sigue caminando hasta que se va hundiendo. Presencias como está ya sumergida hasta el cuello sin detenerse ni echarse a nadar. ¿Qué se te ocurriría pensar?

—En principio puede parecer un intento de suicidio, aunque hasta ahí no es comprobable. Pudiera ser que a esa persona le agradase entrar así en el agua para nadar, o a lo mejor pretendía bucear. ¡Yo qué sé! Sin un final manifiesto se queda en una simple presunción precipitada.

—Bien, estoy de acuerdo. Y ante la sospecha ¿qué harías?

—Ni idea, la verdad. Me tendría que encontrar en esa circunstancia.

—Recuerda que estás sola, que no hay nadie más para ayudar en el peor de los casos. ¡Ah! y te aclaro que es de noche; por tanto, bucear, como que no.

—Está bien —concedió Sabina con desgana. —Lo más lógico sería llamar su atención —añadió para que la dejara en paz—, a gritos si fuera necesario.

—¿Y si no contesta? —insistió Manuela.

—Lo último ya sería arrojarme a salvarla, si se hundiera por completo.

—¿Y si no sabes nadar?

—¿Y lo puedes poner un poquito más difícil? ¿Por qué tanto interés en esta cábala?

—Porque yo la he vivido.

—¡¿Te ha pasado?! ¡Ah, claro, tú no sabes nadar! ¿Y qué hiciste, entonces?

—Casi ahogarme yo. ¿Recuerdas? —le asestó el golpe definitivo.

 En la expresión atónita del rostro de Sabina se pudo adivinar primero el estupor, dominado de inmediato por el abatimiento e inmediatamente después por una honda crispación. Procesaba velozmente el desarrollo inquisitorial de Manuela, su insistente presunción del suicidio. Pero al puzle le faltaba una pieza, un tiempo secuestrado en su memoria que no había querido compartir, por no dar explicaciones que ni deseaba ni le correspondían a nadie más que a ella. Se le presentaban dos alternativas principales con que atajar esta coyuntura, ambas indeseables. Una, escurrir el bulto con una evasiva cualquiera y esconderse en cualquier otro lugar donde se hubiera librado de Manuela; aunque presumía que sólo ésta tenía la respuesta de la pieza extraviada burlada a su recuerdo, la que podría revelarle si había una causa justificada o si seguiría perdiendo piezas, si su mente habría emprendido un camino sin retorno; cosa que deseaba tanto como la atormentaba. La otra opción le ofrecía la oportunidad de enfrentarse a sus miedos, dibujarles cara, colgarles etiquetas con sus nombres, observarles abriendo las compuertas de su alma. Habiéndose negado tenazmente durante varios años a iniciar siquiera aquel litigio entre su corazón y su razón, lo que la había conducido a la más mísera conducta humana, al pronto le inspiraba la gran duda de que pudiera ser una tremenda insensatez. Distendió los labios para hablar, aunque la parálisis le impedía emitir ni una sílaba.

—Vamos, Sabina, tú puedes —la alentó Manuela—. ¿Dónde estabas cuando me socorriste? Sácalo de ti, deja fluir el miedo, mírale directamente a los ojos; verás que se diluye en humo, que no existe. Yo soy real, estoy contigo, para protegerte. Dime, cielo, ¿qué hacías cuando me escuchaste gritar?

—Ir tras mi niño —logró balbucear Sabina con las mejillas surcadas de lágrimas, perdida y asustada como una niña buscando guarecerse del frío de su soledad.

 Ya había pasado lo peor; finalmente el amor había ganado la partida al miedo. Manuela se compadeció de la criatura quebrada que se le había mostrado con tantas carencias que una sola migajita de ternura había hecho tambalear a su lobo interior. Era el momento de abrir esa presa de contención de sus sentimientos para que manaran los fluidos envenenados que guardaba con tanto celo.

—Y dime, cariño, ¿por qué ibas tras tu niño?

—Me lo había quitado un hombre; se lo llevaba por la mar.

—¿Tú lo conocías? Y ¿por qué te lo quitó?

—No lo sé, no sé por qué, era un desconocido, lo llevaba en brazos y los dos me decían adiós sonrientes. Mi hijo iba muy contento. Se me partió el corazón. Yo lloraba rogándole que me lo devolviera, pero parecía que no me escuchaban. Se fueron internando en el agua y yo me moría de pena. Me fui tras ellos. ¿Qué podía hacer?

—¿Y qué ocurrió entonces?

—De pronto oí gritar que una niña se ahogaba, al mismo tiempo que yo me sentía sin respiración, y me encontré sumergida en el agua sin saber qué hacía allí. Me alcé de inmediato para respirar, casi me asfixiaba; fue entonces cuando vi a una persona en apuros y nadé hasta allí. Lo demás ya lo sabes.

 Manuela no salía de su asombro; comenzaba a entender el empeño de Sabina por negar el suicidio. Pero la intención había existido, aunque fuera inconsciente, si es que era cierta esa insólita historia que contaba. Ya se vería. Lo más importante ahora era que no se cerrara esa primera apertura. Le dio un beso y le limpió el agua de la cara, sonriéndole con el mimo que se merece una niña abandonada, dolida y recelosa, tal como se hallaba Sabina. Ésta agradeció la actitud de Manuela, su muestra de tierno acogimiento, accediendo a referir su experiencia de forma atropellada.

—Yo no he intentado matarme, no puedo. Al principio no alcanzaba a comprender tu insistencia; estabas bajo el agua cuando te saqué, pensaba que no sabrías de dónde había salido yo. Pero sí hubo un espacio de tiempo en que desaparecí, y esto me tiene angustiada, me asusta perder la cabeza. Me venció el cansancio y me caí en la toalla; entonces, oí que una niña se ahogaba, justo en el instante en que me faltó el aíre, y de pronto me encontré casi hundida en la mar, no tuve tiempo de comprender nada, me eché a nadar apenas tuve aliento. Todo fue tan rápido que mi confusión aumentaba conforme se sucedían los acontecimientos. Ya una vez que estuviste a salvo, sólo quería quedarme sola para rumiar mis inquietudes, pero cuando te pusiste a presionarme con lo del suicidio, yo me retorcí hacia dentro y se me liberó la ira. Siento haberte hablado mal.

 Manuela la dejó desahogarse estimulándola con gestos conciliadores. Comprensiva, le mostraba su empatía. Sabina se había transformado en un torrente de palabras incesantes, el grifo que había abierto contenía aguas profundas y movedizas, acaudaladas largo tiempo y que bregaban por fluir. Pero Manuela, con la experiencia de sus cincuenta años, sabía que si brotaba a presión se dispersaría, descontrolada, en vericuetos innecesarios. Era preciso que discurriera por su curso natural, por derroteros que condujeran a una confluencia común. Estaba claro que lo que se cocía en su mente, fuese lo que fuese, la trastornaba sobremanera. La ira surge indefectiblemente del dolor, y el hecho de despertarse en la mar no presagiaba nada corriente.

—Una pregunta, Sabina. ¿Tienes hijos?

—No, no tengo. —contestó ella secamente.

—¿Quizá algún hermano pequeño u otro niño querido para ti?

—Tampoco.

—Es raro entonces el sueño del secuestro de un hijo que no existe, que te conmoviera tanto como para lanzarte al agua dormida, sin despertar ni por el impacto de la frialdad al mojarte. Perdona por la siguiente pregunta, y si no lo deseas no contestes. ¿Has sufrido algún aborto?

 Aunque no hubiera querido responder, ya lo había hecho. Su cara era un poema; no se había esperado aquella pregunta, y el rictus de sorpresa y amargura la delató. Manuela volvió a tomarle las manos en señal de comprensión, y Sabina, por su estado caótico, una vez abierta la puerta de sus emociones y ante aquel gesto que la protegía de alguna manera, aclaró la situación del aborto.

—Tuve que hacerlo —fue su comentario a modo de disculpa.

—Estabas sola —confirmó, más que preguntó Manuela.

—Sí —dijo Sabina temblando, sorbiendo las lágrimas, al revivir a su manera aquel proceso—. No fue por soledad, fueron otras circunstancias, pero prefiero no comentarlas.

—¿Nunca lo has contado?

—No quiero hablar para que me digan lo que ya sé, lo que me digo desde hace tiempo a mí misma; pero mis límites han sido insospechados. Ahora no hace falta; se ha terminado hace unas horas, y dentro de poco ni siquiera recordaré que existo. Ya lo has presenciado.

 La desolación que mostraba le pareció a Manuela demasiado extrema. Presentía que había algo más profundo que una herida pasada o un lapso de tiempo hurtado a su memoria. Posiblemente padeciera una depresión grave.

—Escucha, Sabina, no creo que haya ningún problema con tu memoria, más bien que yo malinterpreté la experiencia. Siento haberme precipitado en mi juicio. Yo también tiendo a ser extremista, como tú, ya ves.

—¡Ay, Manuela! No sabes nada de mí. Ojalá todo se redujera a un problema de exageración de sentimientos.

—Bueno, no lo sé, claro está. Pero sí creo saber el origen de tu supuesta “enajenación”, ese vacío de tiempo desde que te dormiste hasta que despiertas en la mar. Estoy casi convencida de que ha sido un caso de sonambulismo.

—¿Yo, sonámbula? ¿Así, de pronto? En la vida me ha pasado nada semejante.

—Te explico. Se dan casos puntuales en determinadas circunstancias. Por ejemplo, fumaste marihuana, y bastante. ¿No es cierto?

—Sí, claro. Tú misma recogiste la bolsita y has visto las colillas.

—Exactamente, he visto muchas. Y también te has bebido más de media botella de coñac, si es que la trajiste entera, ¿es así?

—Para el carro, Manuela. Los interrogatorios, déjalos para la policía. —Sabina se revolvió—. ¿Acaso es delito fumar y beber? Tengo derecho a manejar mi vida como se me antoje, hasta a suicidarme si hubiera sido cierto, y no pienso dar explicaciones.

—Tranquilízate, puedes dejar de cargar la escopeta. No pretendo, ni mucho menos, juzgarte ni inmiscuirme en tus actos; ni siquiera soy curiosa por naturaleza. Mis preguntas iban dirigidas a constatar unos hechos para exponerte mi teoría, quizá doy demasiados rodeos, nada más.

—Lo siento, es verdad que me encuentro muy suspicaz —se disculpó Sabina, más relajada.

—Concretando: está claro que, si no lo tienes por costumbre, esta mezcla de alcohol y marihuana en tan poco tiempo, con el ánimo tan exaltado y con el estómago vacío, como imagino, te ha incitado el sonambulismo en el sueño. Creo haberlo leído y me parece una razón convincente, porque no se trata de ninguna pérdida de memoria sino de haber actuado en sueños.

—Sí, puede ser. Es cierto, lloré y grité hasta agotarme. Cuando llegué a las dunas no había nadie en toda la playa. Creía que estaba sola, a salvo, no se me ocurrió que viniera alguien de madrugada. Sentía un desgarro tan inmenso en todo mi ser que sobrepasaba cualquier dolor. Me urgía detenerlo, porque me estaba torturando como si me rajaran todos los órganos por dentro. Entre canutos, alcohol y aullidos logré ir apaciguando ese infierno, hasta que de tan borracha sólo recuerdo que por fin se había desvanecido la agonía y yo flotaba ligera como una pluma; agradecí este alivio, al que sobrevino una gran pesadez, y me desvanecí. Hasta ahí recuerdo antes del sueño del niño y todo lo demás.

—Sabina, yo te diría que has tenido una crisis de ansiedad bastante grave. Sin medicarte, es como pasar un parto a dolor, cielo, es probable que estés arrastrando una fuerte depresión. De todas maneras, es demasiado tarde, hasta para mí, que acostumbro a acostarme de madrugada. Y si, como dices, no quieres suicidarte, será mejor que duermas, o vas a enfermar seriamente. Mira, te propongo que te vengas a mi casa.

—¡Ni pensarlo! ¡No pienso moverme de aquí! —chilló Sabina.

—No es preciso que me grites —respondió Manuela.

—Está bien, no era más que una idea, no quiero ni puedo obligarte, nada más lejos de mi intención. Puedes relajarte; no tienes en mí a una enemiga, todo lo contrario: puedes contar con mi ayuda leal y desinteresada, aunque sea porque pocas personas te comprenderían como yo. Permíteme al menos que te exponga mi planteamiento.

Al cabo de unos momentos de silencio, Manuela lo dio por consentido.

—Vivo sola —prosiguió—; se podría decir que como una ermitaña, nadie entra en mi casa. Acostumbro a guardar intimidades como guarda un cura los secretos de confesión. Tengo cama, comida, ducha y ropa para que descanses, te alimentes, te quites la sal del cuerpo y te cambies con ropa limpia, que tiene un efecto milagroso para higienizar los pensamientos infectados. Y creo que sería un refugio excelente para ti hasta que despejes tu mente para tomar decisiones. Entre las dos opciones, quedarte aquí o venirte conmigo, te corresponde a ti decidir, corazón.

 Manuela se ponía en su lugar, recordaba cuando tampoco ella sabía dónde meterse, aquellas ocasiones en las que perdía el rumbo por aquella pasión que la abrasaba y se le venía el mundo encima; cuando la recorría un ciclón que le anulaba la voluntad y le acrecentaba la agonía. Nada ni nadie la hubieran podido detener. La había convertido en su vida, en su mundo, en su todo. Fuera de Ella no tenía cabida, el suelo desaparecía de sus pies. Seis años siendo una toxicómana de una única persona: de Ella, de Patricia. ¡Qué locura! Al igual que esta niña, ella también había cerrado la mente a cualquier posibilidad de sanación. También se había emborrachado para matar la ansiedad que la atosigaba por dentro, para vencerla y poder dormir.

 Con estos antecedentes, se preguntaba cómo podía aconsejar a nadie, ella que se alejaba de las personas, a la vez que le manaba una responsabilidad, maternal quizá, o tal vez de pura humanidad, de la que había carecido cuando tanta falta le hacía. Aunque según sus creencias cada persona tenía derecho a cometer sus propios errores, a decidir libremente sus propias manipulaciones psicológicas para crecer, que no es más que aprender a aprender; también creía que la persona tiene otro gran derecho que suele faltar: el derecho al apoyo en los momentos difíciles: al hombro donde llorar, a la mano tendida en la que sostener el peso para levantarse, al oído para el desahogo, a la voz que consuela con afecto.